

TOMA POSESION DE NUEVOS CANONIGOS.

Catedral de Cádiz / 20 JULIO 2014 - DOMINGO XVI T.O. / A

Queridos hermanos, Pueblo Santo de Dios aquí reunido,
Queridos sacerdotes canónicos de la catedral, especialmente los nuevos,
Ilmos. Sres Vicarios, Canciller, Dean, Rector del Seminario y formadores

Dios nos habla hoy para mostrarnos de nuevo que es el incansable sembrador del Reino de los Cielos. Es muy importante porque habla de la misión de Cristo que permanece en nosotros, es la nuestra, la de la Iglesia entera que tiene la misión de evangelizar sin descanso. Es una misión de amor que se siembra, que se recibe y que nos salva.

Siendo Dios infinitamente poderoso se enfrenta -así sucede con Cristo- con el drama de la vida humana, que es la permanente lucha contra el mal. No es necesario ir a buscar al maligno; acude el solo e inmediatamente sembrando la cizaña en medio del trigo, con nocturnidad y engaño, para hacerlo fracasar.

El hijo del Hombre, Dios hecho hombre, es, precisamente por eso, infinitamente paciente porque respeta nuestra libertad. Nos invita a los evangelizadores a mantener la nobleza de Dios y a morir pacientemente, a padecer. Tiene en su mano los destinos del mundo, es infinitamente misericordioso y sabe, sobre todo, que es suya la victoria. Pero igualmente respeta nuestro albedrío y espera nuestra conversión, aunque permita mientras tanto nuestra oposición.

Afortunadamente el Espíritu Santo, que viene en ayuda de nuestra debilidad, como dice el Apóstol San Pablo, nos introduce en los procedimientos de Dios, no en los de los hombres, y suscita en nosotros la entrega cristiana para que lleguemos a dar la vida con paciencia y para orar ante la santidad de Dios.

El libro de la sabiduría llega a la misma conclusión varios siglos antes de Cristo, después de preguntarse por qué Yahveh se muestra tan misericordioso en relación a Egipto (Sab 11, 15-20): *No existe Dios fuera de Ti... Tu poder es el principio de la justicia, y tu soberanía universal te hace perdonar a todos... Tú, poderoso soberano, juzgas con moderación.*

Precisamente porque este sembrador es todopoderoso y puede intervenir con el poder necesario para invertir la situación, elige la paciencia, y la misericordia, que es lo mejor. Quien es débil, por el contrario, reacciona con violencia y prepotencia ante el peligro que le asecha. Y esta omnipotencia de Dios se manifiesta en su misericordia.

El evangelio nos propone, además, otras dos parábolas del Reino de los cielos que nos llenan de entusiasmo y completan nuestra visión sobre la misión: *El grano de mostaza y la levadura*. Unidas íntimamente a la parábola del trigo y la cizaña, ponen de relieve el contraste entre la pequeñez de la semilla de mostaza y la grandeza del árbol que alberga a las aves; así como la distancia entre la cantidad de la masa y lo exiguo de la levadura: una pequeña cantidad basta para

fermentar toda la masa. Todo aquello que se hace por Dios nace en lo pequeño, en lo sencillo, para que se manifieste que es Dios, no el hombre, quien da fecundidad y buen éxito a la tarea evangelizadora. La cizaña no hará fracasar de ningún modo el fruto total de la cosecha. ¡Hay que seguir sembrando! ¡Hay que mirar al futuro sin entretenerse perdiendo el tiempo para complacerse en el pasado, menos aún en las viejas glorias! ¡La noche está pasando y el día está por llegar! Dios hace nuevas todas las cosas puesto que es bueno, clemente, misericordioso (cf. Sal 85).

¡Que importante recordarlo en la llamada a la Nueva Evangelización que nos hace la iglesia actual!. En el reciente Videomensaje del Papa Francisco a los participantes en la peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe propone poner a la Iglesia en estado permanente de misión, realizar actos de índole misionera sí, pero en el contexto más amplio de una misión constante, habitual. En este ámbito se inscribe la renovación de la Catedral a la que váis a servir con vuestra incorporación al Cabildo como canónigos. A los nuevos canónigos así como a los anteriores os agradezco vuestro servicio abnegado y discreto, tan eficaz.

Toda actividad habitual de la Iglesia particular debe tener carácter misionero. Es más importante que hacer un acto específicamente misionero. Nuestra intimidad –dice el Papa-- es itinerante, supone siempre “salir” y “sembrar”, y caminar sin encerrarse. Cuando nos sentimos satisfechos y seguros enfermamos de abundancia superflua y nos empachamos y debilitamos.

Quisiera que, con la renovación de la Santa Iglesia Apostólica Catedral se iniciase aquí un esfuerzo nuevo evangelizador que sepa privilegiar en primer lugar lo más esencial y más necesario, es decir, la belleza del amor de Dios que nos habla en Cristo muerto y resucitado. Debemos intentarlo aquí, que es la sede episcopal. ¿Cómo? En su liturgia atractiva y conmovedora, en su acompañamiento al visitante, en sus propuestas acogedoras capaces de dialogar con la cultura y mostrar nuestra fe. Esta es la casa de Dios y la pastoral que muestra a Jesucristo no puede ser distante ni ajena al encuentro con los hermanos.

Es vital mostrar al que se acerca la intimidad de la Iglesia con Jesús, pero debéis debe esforzaros por ser *creativos en los métodos, porque no podemos quedarnos encerrados en los tópicos del “siempre se hizo así”*. Debemos cuidar del trigo sin perder la paciencia con la cizaña y nunca dejar de sembrar.

Soy muy consciente de que es el obispo quien debe velar por la grey y ofrecerle su cercanía para mostrar la maternidad de la Iglesia y discernir el soplo del espíritu. La Catedral, como sede del Obispo, ha de procurarlo con todo interés. Este es, sin duda, el punto de partida de este comienzo de renovación que deseo encomendaros hoy. Por eso os agradezco de corazón vuestra colaboración generosa.

Dice el Papa Francisco que la Iglesia no debe atarse a costumbres, dignidades, honores, etc. con un clericalismo auto-referencial, que sigue siendo el mayor obstáculo para la misión de la iglesia, como si el obispo fuese un príncipe y sus

colaboradores cortesanos, sino estar atento al encuentro de la gente con el Señor y proyectando el anuncio y la relación con él. Vosotros, presbíteros canónigos, como colaboradores estrechos del obispo en la pastoral de la Catedral debéis ser ministros capaces de proximidad y de encuentro, capaces de enardecer el corazón de la gente, de caminar con ellos, de entrar en diálogo con sus ilusiones y sus temores. Y, sobre todo, de mostrar la verdad, la belleza de Dios y de su pueblo, el gozo de creer.

Necesitamos una profunda renovación de la fe. Esta es siempre nuestra prioridad, que supone una conversión interior, una tensión por atender a los signos de los tiempos y adecuar nuestro espíritu celoso por evangelizar a la necesidad que Dios mismo nos está mostrando. Debemos dejar atrás esa vieja postura de clientelismo por la que esperamos pasivamente a que lleguen los clientes para ofrecerles un servicio. Se trata hoy de responder mejor a las personas que se acercan, a veces muy alejados, para facilitarles la fe, el encuentro con Dios vivo, con la comunidad que somos los cristianos.

El Señor nos ayude para vencer el mal con el bien. Que no caigamos en la tentación de hacer caso omiso al mal o de dejarse aprisionar por él cayendo en el cinismo o en la depresión y desesperación. Cristo nos enseña otra cosa: cuanto mayor sean las sombras que cubren el mundo, tanto mayor debe ser la presencia de los ciudadanos del Reino, de la buena semilla que embellece los campos. El mundo entero está en espera de la plena manifestación de los hijos de Dios. Así pues, dispongámonos en las manos de Dios para ser nosotros como la levadura pequeña, en nuestros escasos medios, pero que hace que la masa fermente.

Esta Catedral es un signo patente del árbol frondoso de la Iglesia que nació de una pequeña semilla, como la mostaza, pero que hoy no puede dejarse engañar por su volumen arquitectónico, sino reconocer la extensión del campo en el que Dios quiere sembrar y seguir desde aquí predicando la Palabra de Dios, y mostrando la fuente de la gracia que brota del Corazón de Cristo para que los hombres sean grandes con Dios. La Iglesia sigue siendo hoy cobijo y hogar, donde anidan los pobres y necesitados, los que buscan a Dios. Esforcémonos para que todos lo encuentren haciendo nuestra la paciencia divina, y que la adoración y la belleza de la liturgia y de la comunión, unida a la caridad, estimule la fe, avive la esperanza y la fraternidad en toda nuestra diócesis.

Sabemos que la semilla de la Palabra de Dios tiene virtualidad propia para convertirse en árbol frondoso, y que la gracia de Dios es una levadura capaz de fermentar toda la masa: no se quedará ausente en la construcción de este mundo sino que hará cuanto esté en su mano para abrir surcos de esperanza a las nuevas generaciones.

Hermanos: También el dueño del campo tiene paciencia con nosotros, como dice la parábola del grano y de la cizaña. El Señor nos llama a la humildad y a la misericordia que se desprende de la parábola. ¡Solo hay un campo del que es necesario arrancarla! ¡Somos nosotros mismos! También nuestra conversión es misión. ¡Que nunca seamos cizaña, sino trigo de Dios, testigos coherentes de la misericordia que nos salva!

Y en este lugar de oración y escucha, seamos orantes. He pensado también en las palabras de la Virgen a Santo Domingo de Guzmán, cuando predicaba intentando convertir a los albigenses: “Domingo, siembras mucho y riegas poco”. Y he reafirmado y renovado mi convicción de que hay que regar más para que la semilla arraigue, germine y florezca en el del propio corazón! Unamos, pues la oración a nuestro trabajo.

Vuestro servicio a la Catedral lo es a Cristo y a quienes el ama, a nuestra querida diócesis y a toda la Iglesia de Dios. Prestemos con humildad nuestro apostolado al Señor y que la siembra de Evangelio que hagamos en esta Santa Catedral arraigue y de infinitos frutos de gozo a los hombres, para que el Sembrador, que es buen pagador, también a nosotros nos de vivir en su presencia por toda la Eternidad. AMEN.